

Andando la ciudad



María Celeste
Mendaro

ANDANDO LA CIUDAD

(NOTAS SELECCIONADAS)



María Celeste Mendaro

MENDARO, MARÍA CELESTE (1957-2003)

Andando la ciudad : Notas seleccionadas / María Celeste Mendaro ; prólogos de: Jorge Riani ; Natalia Pandolfo ; coordinación de Guillermo Mondejar 1.ª ed. - Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2023 224 pp. ; 23 x 16 cm (Cuadernos de las Orillas; 23)

ISBN: 978-950-698-557-8

1. Periodismo. 2. Reportajes. I. Riani, Jorge, prólogo.

II. Pandolfo, Natalia, prólogo. III. Mondejar, Guillermo, coordinación.

CDD 070.4

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Presentaciones

Jorge Riani

Natalia Pandolfo

Coordinación

Guillermo Mondejar

Selección y corrección

Paola Calabretta

Equipo editorial

Manuel Siri

Alexis Chausovsky

Martín Dalotto

© EDUNER, 2023

© Manuel Siri, ilustración de tapa: *Pastillero*, 2023

© Jerónimo Trossero, retratos fotográficos de p. 205 (detalles).

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos

Andrés Pazos 406 - E3100FHJ - Paraná, Entre Ríos, Argentina

eduner@uner.edu.ar

www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

- 7 *Presentación*
Por Jorge Riani
- 15 *La mirada Celeste*
Por Natalia Pandolfo

ANDANDO LA CIUDAD

María Celeste Mendaro

- 23 Mauricia Mercedes Cabral, hija de payadores
- 28 El lugar de Issa Adra
- 32 Devolver algo a mi barrio
- 35 Viene a ser como El Morro...
- 39 Todo aquel cine
- 43 De la época de los músicos «sin abuela»
- 47 Cuando los trámites se arreglaban a cuchillo
- 52 Viuda e hija de Domingo Almada
- 57 La Chacarita del Automóvil
- 61 Entre otras cosas, el tony Peperina
- 67 El Peje Gómez
- 74 Sobre héroes y tumbas
- 79 Aquellos libros de ocasión en lo de Ejechesfiel
- 83 Algunos recuerdos para el Bajo
- 87 Una ejemplar lucha contra el infortunio
- 92 San Agustín tiene su yuyero

96	Chiecher, por Corrales
101	Caballero de Andalucía en la Feria de Salta y Nogoyá
105	Conversación entre bambalinas
110	Aníbal Bregant, lechero desde hace cuarenta años
114	Los Príncipes del Compás
119	«Ahora tengo tiempo pa pensar»
123	Que se vengan los circos
128	« <i>Bonjour</i> , González»
132	Es inmenso el poema
138	Nostalgias en primavera
143	Historias de emergencia
149	Un pesebre por la paz
153	Los recuerdos de don Pancho
158	De la media americana al corte navaja
164	«Hemos recibido novedades de última moda»
171	«Tuve un solo soldado sastre»
176	El Chiche
183	Que hablen los duendes
193	Quiosco Juancito
197	Pequeña pianista de nuestro cine
203	Notas sobre la autora
209	Principales obras
211	«Andando la ciudad» en <i>El Diario</i> de Paraná
219	Notas

EL CHICHE

Le gusta contar que vendió dos veces la grande y dos aproximaciones. Tiene desde hace más de veinte años clientes fijos que le compran siempre el mismo número y otros clientes circunstanciales que pasan por la puerta principal del Banco de Entre Ríos a depositar o recibir dinero, mientras él vocea sus posibles sueños cifrados en billetes de lotería. Fue más de cuarenta años acomodador de cine y asegura que el celuloide de antes se quemaba a veinte centímetros de un cigarrillo y que el de hoy ya no es igual. Sabe que irremediamente el cine desaparecerá en su forma tradicional, si algo o alguien no lo sostiene. Se llama Luis E. Celestre y le dicen «Chiche». Tiene sesenta y dos años y se queda poco en su casa. Está acostumbrado a que su vida transcurra en la calle. Por la diagonal de la plaza y en la puerta del banco lo saludan clientes y conocidos en el fragmento de viernes donde todavía no ha llovido.

—¿Vos querés saber de mi vida, linda, de verdad te interesa mi vida? En el cine Sáenz Peña era acomodador, vendedor de golosinas, portero. Los dueños eran Carlo y Varrone, empresarios de cine y técnicos en radio, sabían reparar todo tipo de máquinas. Trabajé del 45 en adelante, casi cuarenta y tres años. En aquel tiempo en la ciudad había muchos cines: el cine Círculo, el Sáenz Peña, el Rex, el Select, el Bavio, el Ideal, el del Teatro 3 de Febrero y el cine General Urquiza sobre el Palacio Bergoglio. Se daban «simultáneos» se decía, es decir, llevaban en bicicleta

dos «hatos» de películas: el ocho y el nueve en un cine, el diez y el once en el otro. Había cine todos los días de la semana: tres películas lunes y martes; los miércoles, tres nacionales; los jueves, norteamericanas, francesas, inglesas, mexicanas; sábados y domingos, también cine: los sábados únicamente a las 21 y el domingo matiné familiar y noche. En el matiné dábamos *Flash Gordon*, *La flecha sagrada*, *Tarzán*, *Dick Tracy*, *La araña*, *El Avispón Verde*, *Los tambores de Fu Manchú*. Estas series también venían en las historietas. Se daban por episodios: el lunes los episodios del uno al doce. Venía tanta gente que había que echar. Vino la televisión y el cine se vino abajo. Eso que rifábamos un carné para entrar seis meses gratis, una pelota número cinco, un muñeco. Pero no pasaba nada. De ahí, trabajaba en el bar Sáenz Peña de Julio Méndez, era mozo. De los doce empleados, sólo a dos pagaban. Nosotros nos habíamos aquerenciado en el cine, decíamos: vendo golosinas, le arreglo tal cosa, pego un afiche, y nos fuimos quedando. Además el cine estaba al lado de la iglesia del Sagrado Corazón y allí hacíamos de monaguillos al cura Van der Brock, no sé bien cómo se escribe, creo que con be larga era. El cura renegaba con nosotros, pero en el fondo nos quería.

—¿Qué películas recuerda especialmente?

—*Los tres berretines*, *La casa de los billones*, *La danza de la fortuna*, de Sandrini; de Los Cinco Grandes del Humor recuerdo: *Los peores del barrio*, *Fantasma asustado*, *Cinco grandes y una chica*. Los actores eran Gambón, Guillermo Rico, Jorge Luz, el Pato Carret. Eran de matarse de risa. Después las de Cantinflas. De Chaplin recuerdo: *La quimera del oro*, *El pibe*, *El gran dictador*, donde hace dos papeles, el de peluquero judío y el de Hitler, eran veinticuatro hatos, un rollo así, por lo menos tres horas duraba la película. De las dramáticas también recuerdo las de Luis Sandrini,

que te hace reír y al final te hace llorar: *La casa grande*, *Bartolo tenía una flauta*. Te despedazabas de risa cinco minutos y después te hacía lagrimear a lo loco. De las películas «asquerosas» me recuerdo *Mi adorado John*, prohibida para menores de dieciocho años. No sé cómo la permitieron, primero se veía en privado y luego la autorizaba la Municipalidad, el inspector de Espectáculos Públicos. Hubo muchas películas censuradas.

—Muerdo por ver *Safo* con Mecha Ortiz. ¿Usted la vio?

—Sí, claro que sí, y vi *Que Dios se lo pague* con Arturo de Córdova y Zully Moreno. Era lleno todos los días. Y cuando daban tres de Gardel se venía abajo el cine, entraban novecientas personas y los dueños del cine habían comprado sillas para poner en los pasillos y encima le pedíamos sillas al bar de la esquina. «No hay asiento», decía yo, «Una propinita», me decían. Diez centavos, «Bueno, hay lugar». Iban muchas parejas al cine a encontrarse allá; el padre Van der Brock, cuando veía a algunos besarse por ahí enfrente, los echaba. Te dije que era monaguillo, yo no hablaba en latín, pero mi compañero sí. Un día se durmió y el padre se enojó muchísimo: «Despertate, desgraciado». Todo en medio del funeral, era un simulacro, estaba el cajón y no estaba el muerto, eran unas misas que se rezaban así. (Dice palabras en latín, imitando al sacerdote alemán.) Otra vez el padre nos despertó a la madrugada para que viéramos «un cometa con dos colas». Era 28 de diciembre, Día de los Inocentes. Entonces yo, para devolverle la broma, le llevé un sándwich con vela de cebo. Se enojó muchísimo. A veces nos quedábamos a dormir ahí en la iglesia, si se hacía tarde del cine.

—Por lo que usted me cuenta, creció y vivió en la calle.

—Toda mi vida transcurrió en la calle. Yo tenía mi padre que era constructor y lo ayudaba a veces, pero me atraía el cine. Estaba todo el día ahí, el padre a veces nos invitaba a comer con

la cantidad de comida que le mandaban los fieles. Mi padre protestaba contra el cine porque yo me levantaba tarde y además no me gustaba ser albañil. Vendía caramelos, programas, limpiaba, ordenaba, cuidaba. Con esas propinas vivía. A la par trabajaba de mozo en el bar de la esquina. Así me casé y tuve familia.

—Cuando usted hablaba de la cantidad de cines en la ciudad, pensaba que algo muy valioso muere con el cine. . .

—Claro que sí, pero muere nomás. Las pantallas grandes son algo que no se puede comparar. La pantalla tenía dieciséis metros de ancho. En el cine Círculo, cuando inauguramos el tridimensional, le dábamos a la gente una lente que desinfectábamos con alcohol. Estabas viendo la película y si un tipo escupía en la pantalla, vos te corrías, por las dudas. En el cine Urquiza, en el Palacio Bergoglio, había un techo corredizo y se veía un pedacito de cielo. Ahora la gente, sabés qué, una duchita, el televisor y la video, y si no, salir a tomar algo. Antes venían los tranvías llenos desde Los Corrales a ver cine. Una vez, uno de los vagos gritó «Fuego»; el alboroto que se armó. Si vos querías hacerle apagar el cigarrillo a alguno, lo tenías que hablar con cancha, porque si no te provocaban.

—Después usted empezó a vender billetes de lotería.

—El dueño del cine me dijo si yo no quería vender billetes; en la bandeja que yo tenía, ahí pronto el billete. Así sobrevivía, con las propinas, la venta de caramelos y de billetes. Hasta que una vez nos llamaron al orden, porque en el *bordereaux*, que eran tres listas con el sello de entrada y salida, para la Municipalidad, para la empresa y para el inspector del sello de la película, había en uno quinientas personas y en otro quinientas veinte, había veinte de contrabando, para poder vivir. Arreglaba butacas, arreglaba el telón, lavaba los baños, pegaba afiches. Paralelamente trabajaba de mozo, tenía un diez por ciento sobre

las ventas y aparte las propinas. Del 55 para adelante fue una buena época, cenaba en el Japonés, menú fijo, casi todas las noches.

»Me fui tres veces a Buenos Aires en tren de carga, con linieras, con crotos... como no tenía plata. A los tres días y cuatro noches llegamos a Buenos Aires. Un frío, una lluvia... Empecé a trabajar en una confitería, treinta pesos con casa y comida. Trabajé cuatro años y medio hasta que regresé a Paraná porque fallece mi madre. Y vuelta al cine, hinchando como siempre, de monaguillo, vendiendo diarios, de mozo. El padre seguía igual. Una vez, un gran artista, Héctor Calcagno, salió de padrino de casamiento y tiró unas cuantas monedas en la ceremonia, yo me agaché a recogerlas y el padre: «Deje eso ahí, que es mío». Un día lo vamos a despertar para la primera misa y lo encontramos muerto.

—Volvía siempre al cine, ¿qué lo atraía?

—Estar ahí, la gente, las propinas. Las películas las tengo acá (se señala la frente). Mis hijos se enojan, porque si dan una argentina se las empiezo a contar. Yo las recuerdo acá (se señala el corazón). Palabra tras palabra, las tengo todas grabadas...

—Yo cuando lo veo a usted en la puerta del banco pienso en otros a quienes no conocí, pero es como si los viera. Pienso en el Negro Mesón...

—El Negro Mesón, mi Dios. Era muy amigo nuestro, «el hombre sándwich» de la ciudad. Tenía dos carteles en el cuerpo. Se ponía propaganda de las casas, un esmoquin, un sombrero. Repartía boletines de los cines. Sí, era de raza negra. Era un gran compañero, bueno, servicial, alegre. Lamentablemente, por esas ironías trágicas de la vida, uno de los Varrone, de estos empresarios que le daban programas, se fue a vivir a la casa del Negro Mesón y este le dio albergue cuando estuvo en la mala. Me refiero al padre del Negro, a su familia. Otros personajes

que recuerdo son Cabeza de Bronce, con su carretilla; si vos le gritabas el nombre, él se enojaba. Después estaba Carmelo, el cantor, le decían «Gardelito». Tenía una voz tan linda... Y el Peje Gómez,³⁵ un bailarín famoso. Una vez organizó un festival benéfico y se trajo a Las Mulatas de Fuego y a otros artistas, pero yo no sé qué interpretaron ellos del festival, la cuestión es que a nadie se le pagó. Era un viva la patria. Atrás del cine estaba el hospital Pasteur y velaban los enfermos tuberculosos. Antes del edificio que se construyó después, las ratas eran como conejos. Una vez daban *Marabunta*, con Charlton Heston, y el inspector municipal fue y me dijo a mí: «Era tan impresionante la película que sentí que las hormigas me andaban en el pie». Ma qué hormigas, eran las ratas. Proyectábamos las películas y vos veías las sombras de las ratas. Entonces llegamos a la conclusión de que había que combatir las y lo hicimos hasta con hondas. Recién se fueron cuando el hospital desapareció y al Sagrado Corazón lo hicieron nuevo. Porque había una iglesia que se quemó entera e hicieron una iglesia nueva. Antes, encontrar dos o tres tipos muertos era lo normal. Ahí nomás lo velaban en una casilla. Hasta que hicieron los edificios nuevos y desapareció todo eso. Otro personaje que me acuerdo era el Loquito Lolo. Iba al cine desesperado por las películas de Tarzán, de *cowboys*, y te decía: «¡Guarda!», «Ahí lo mata» (realiza una voz gutural y hace como una bocina con sus manos). La hermana lo mandaba con un papelito que decía: «Dice el Lolo que se va a portar bien». Una vez, por bromear, le dijimos que no podía entrar. Fue terrible, se descompuso, casi se muere. Tenía una gorrita y se sentaba adelante. Le daban querosén con vino en los bares, de todo, y nada le hacía nada. Pero que no lo dejaran entrar al cine, eso casi lo mata. No sé si murió, creo que

estaba en Gualeguaychú. Los tranvías, los colectivos, lo llevaban gratis.

»Así es, amorosa, la mayor parte de esta vida mía transcurrió en la calle. Y sigo en la calle. En casa no me quedo ni loco. Gano un millón y medio de jubilación. Tengo que salir a buscar la vida. Por ahí recibo golpes, por ejemplo el otro día, un tipo cuando le ofrezco el billete me dice: «No, yo trabajo». Me dolió mucho, y le dije que yo también trabajaba. Otra vez a una chica le dije «Hola, linda», y ella me dijo «Viejo verde». Y yo le contesté y ella se dio cuenta de lo mal que había estado. Ahora me saludan siempre. La gente que me conoce, me respeta. Cuando vino el embajador de Francia, de la Alianza Francesa me buscaron para que fuera mozo; del Colegio de Escribanos también me han buscado, y muchas familias de Paraná me siguen buscando para que sea mozo de sus fiestas. Yo a veces soy así alegre para disimular, para seguir. Tuve a mi señora veinticinco años postrada y murió hace unos meses. Pero yo soy alegre y me doy cuenta de que la gente es un poco pavota para vivir. Yo me doy mis gustos en vida, los ravioles no los como los domingos, sino cuando quiero, y la sidra me gusta cualquier día, no espero hasta Navidad. Si tengo que pagar, pago; y si no, no.

2 de noviembre de 1991